

El tiempo de una norma*

Jean-Pierre Rouillon

El centro terapéutico y de investigación de Nonette es una institución en Francia, cerca de Clermont-Ferrand, que recibe a niños, adolescentes y adultos que presentan graves trastornos de la conducta y de la personalidad. Después de su primera infancia, estos sujetos rechazaron de manera más o menos fuerte la presencia de los adultos. No desean inscribirse en un programa de actividades, habitan difícilmente su cuerpo, pronuncian algunos fonemas, canturrean o permanecen en silencio.

Su escritura, cuando ésta se da, puede reducirse a algunos rasgos dejados sobre un papel. La escolaridad no pudo ponerse en marcha más que aceptando seguir a la letra sus intereses, su ritmo, las capacidades que ellos aceptaron compartir con nosotros. Presentándose así, rechazando radicalmente las normas de nuestro mundo social, siendo autónomos en relación al otro, manteniéndose de hecho dependientes en lo que concierne a las bases de la vida cotidiana; rechazaron igualmente las normas que se les proponía desde las diferentes instituciones en las que residieron.

Podemos decir que la vida cotidiana, el transcurso de un día, se presenta para ellos como una serie más o menos larga de problemas insuperables, una pluralidad de fracturas a tratar, una amenaza constante que mantener a distancia. Si la inmutabilidad puede permitir a algunos de ellos intentar reducir el mundo a la fijeza de una sensación, de disminuir las asperezas de la vida cotidiana, esa inmutabilidad no puede constituir más que una respuesta precaria a las distancias y a los desplazamientos que salpican el hilo de nuestras existencias.

Esa inmutabilidad no puede en ningún caso ser considerada de la misma manera que las costumbres que ordenan nuestras existencias, ni ser entendidas como una ritualización que alzaría el mapa del espacio que las acoge y del tiempo que no cesa de marcar su huella. El sujeto puede, en efecto, tener recursos para ello, pero es al precio de fijarse en la eternidad de un gesto detenido. Se trata entonces de respetarla cuando el sujeto no encontró otra solución para afrontar el mundo que le rodeaba, pero sobretodo de tomarla como modelo a repetir, a reiterar, como método a imponer.

La inmutabilidad no es la marca de una ley que daría la razón del mundo, es una defensa radical y costosa contra el desorden que les golpea. No es entonces la norma sobre la que debemos guiarnos. Plantear esta afirmación es hacer como si supiéramos ya en qué consiste una norma. Ahora bien, justamente es la definición misma del término *norma* la que plantea una dificultad hoy en nuestras sociedades modernas.

Tal y como nos lo mostró Michel Foucault en su curso de 1974 en el Collège de France, « Los anormales », la sociedad ha estado desde lejos dividida entre los normales y los anormales. Nuestras instituciones tenían entonces como misión reintegrar a los anormales en la norma o hacerles vivir en instituciones con normas adaptadas. Evidentemente, deberíamos interrogar lo que permitía definir entonces la norma. Pero podríamos plantear que cada sociedad, en su seno, podía definir un conjunto de normas a respetar que constituía el nudo y la materia de lo que debía ser transmitido. Esta norma se presentaba entonces como un universal que cada uno debía respetar, como un universal al que cada uno debía parecerse.

Para el psicoanálisis, es en el seno de la familia en el que esta norma pudo delimitarse organizando el saber a partir de la cuestión de la sexualidad y de la diferencia de los sexos. Es a partir de la identificación con el chico o con la chica, con el hombre o con la mujer, que el sujeto puede situarse en relación a la norma. Esta oposición entre los normales y los anormales no está afortunadamente planteada tan fuertemente en estos momentos. La cuestión del género, la emancipación de las mujeres y las resoluciones relativas a la procreación han modificado también la función de la norma, hoy.

La norma no se presenta ya como universal, como imponiéndose desde el exterior del individuo. Se define en adelante no ya a partir de la moral, de la ética, sino a partir del discurso de la ciencia. La norma se construye a partir de un sabio equilibrio entre los anhelos de un individuo y el respeto de los otros. Esta manera más flexible de considerar las normas, que debería dejar lugar a la manera como cada uno puede construir su existencia, como los discursos oficiales nos lo prometen y nos lo anuncia, encuentra sin embargo su límite en el método que permite fijar las nuevas normas, el cálculo estadístico y la puesta en funcionamiento del principio de prevención, sino de precaución.

Ahora bien, contrariamente a esta pendiente a la acumulación, a la adición, a la suma y a la predicción, hemos podido constatar a lo largo de la experiencia que cada sujeto era singular, que cada niño, que cada adolescente, que cada adulto que acogemos encuentra una manera singular de defenderse del mundo al que debe confrontarse. Su manera de sostenerse ahí no puede ni compararse, ni compartirse, ni adoptarse, es profundamente singular. Se trata de una reacción, de una reacción inmediata frente a la intrusión, frente a la invasión sobre la que no se llega a conformar una experiencia, que no da lugar a un saber incluso si esta reacción, esta respuesta puede reiterarse hasta el

infinito. La norma no puede en ningún caso presentarse como exterior por el hecho de no haber podido protegerles de lo que les golpea y los marca.

No pudiéndose imponerse desde el exterior, no resultando de un cálculo, incluso el más benevolente, no puede inventarse más que en un intercambio, un diálogo que la haga pasar del brillo de un instante al relato de un encuentro. Es en la dirección hacia el otro, hacia un otro que consienta a sus modos de defensa, que sea solidario de su sufrimiento frente al desorden del mundo, que una brecha puede operarse en la inmediatez de la relación a lo extranjero, en la confusión entre lo Uno y lo Otro. El sujeto pierde ahí la intensidad de un contacto directo sobre lo que le invade, pero puede desde ese momento encontrar en ello alguna satisfacción, poniéndolo a distancia en el vínculo con un otro que puede entenderlo y, desde ese momento, decirle alguna cosa. Es operando esta separación en un vínculo con un otro, con un interviniente, con un padre, que una norma puede advenir como límite al estrago y a la invasión.

La invención de esta norma permanece precaria, lo que testimonia de su anclaje en el encuentro y la contingencia. Permanece sometida a la calidad del vínculo del sujeto con su *partenaire*, con sus *partenaires*. Puede desaparecer por el hecho de haberse encontrado en una turbulencia, por el hecho de haber servido demasiado o por estar fuera de uso. No obstante, no puede concebirse en su variedad y en sus avatares más que como lo que viene a anudar el cuerpo y la lengua, lo que experimenta y lo que se siente.

Debemos saber que la norma es precaria, que no se instaure más que en la perennidad, pero que debe vivir y respirar llegado el momento. Lo que da la medida de la norma es la satisfacción que el sujeto puede extraer de ella por el hecho de encontrar ahí un lugar en el que reunirse y poder testimoniar de su existencia. Podrá entonces decidir testimoniar de ello más allá de su entorno a través de escritos, dibujos, pinturas, películas, libros, construcciones que nos permiten enriquecer, a la manera de un Borges, el catálogo de las normas que no se contienen a ellas mismas.

En cuanto a la institución, no tiene otra existencia que la de abrir un espacio para el encuentro, el encuentro de singularidades de las que puedan nacer creaciones que nos enriquezcan en el momento en que los muros no separan ya a los anormales de los normales, sino a los humanos entre ellos.

* Conferencia inaugural de la 1ª jornada preparatoria del Congreso PIPOL 8, celebrada en Barcelona y organizada por la Comunidad de Catalunya de la ELP. Traducción no revisada por el autor.